

# EL PUEBLO ESPAÑOL

DIARIO DEMOCRATICO DE LA TARDE.  
MADRID: MIÉRCOLES 18 DE SETIEMBRE DE 1878.

ANO III.  
(SEGUNDA ÉPOCA.)  
PRECIOS DE SUSCRICION.  
En Madrid, al mes. . . . 4 rs.  
Porvicias, trimestre. . . 20 »  
Semestre. . . . . 38 »  
Un año. . . . . 70 »  
Ultramar y Extrajero,  
trimestre. . . . . 60 »

En Madrid, oficinas de EL PUEBLO ESPAÑOL, Plaza de las Cortes, 8, bajo, derecha; y en Provincias, en las principales librerías.  
Anuncios y comunicados a precios convencionales.

## CRONICA POLITICA.

Por hábiles equilibristas que los constitucionales parezcan, no llegan con sus difíciles ejercicios á satisfacer á un aficionado tan inteligente como el órgano del conde de Toreno, que desde su asiento de primera fila ve, y así lo hace notar, que de vez en cuando se resbalan.

A impulsos de la caridad tal vez, y procurando evitarles una caída, intentan los periódicos oficiosos marcar á los constitucionales la senda que deben recorrer y llevan su amabilidad hasta querer servirles de guía, pero los órganos del constitucionalismo, *La Iberia* especialmente, rechazan con la más negra ingratitud las atenciones ministeriales y renuncian á usar el libro que pudiera formarse, dicen, con los consejos de la prensa canovista, y al que cuadraría el título de *Camino recto y seguro para llegar al Ministerio*.

Y no para aquí el despego de los constitucionales y su desconfianza respecto á las intenciones del bando conciliado, pues hablando del Sr. Cánovas, dice *La Iberia* que dicho señor «quiere jugar mirando las cartas del contrario, y para organizar sus triunfos desea que éste haga lo que á él más le convenga; sistema muy cómodo, aunque no muy ingenioso, y que no tiene otro objeto que el de ganar siempre, porque ni aun para disimular un poco se dejará derrotar una sola vez.»

Creemos con el periódico constitucional, que no entra en los cálculos del presidente del Consejo el dejarse derrotar, ni aun en broma, y la prueba es que, aún gravemente enferma la situación, lejos de pensar en retirarse y buscar el descanso, se propone, como dice *El Cronista*, «acudir una docena de años á Panticosa, durante el período balneario, para resistir mejor en el resto del año los ruidos trabajos de la gobernación del Estado.» ¡Doce años! del mal el ménos; hace unos meses eran quince los que la situación se prometía de existencia.

Por fortuna también, no siempre las esperanzas, siquiera sean ministeriales llegan á realizarse, y algunas, según se dice, hánse visto recientemente desvanecidas.

Abriábalas grandes y risueñas al decir de las gentes el profundo diplomático que actualmente desempeña la cartera de Estado, y sus planes y sus cálculos largamente y con extremada prevision meditados, han sido perfectamente ineficaces. Por eso, añaden los conocedores del asunto, el Sr. Silvela vino poco satisfecho de su visita á Riofrío, y así lo manifestó á sus compañeros, en el Consejo ó cosa así últimamente celebrado.

El aligero Dios de los comerciantes no

ha favorecido en esta ocasión al diplomático, tal vez irritado al ver que los hombres suelen ya prescindir de su intervención, y que el caduceo solo sirve ahora para adornar la envoltura de las cajas de píldoras ó las libras de chocolate.

No es, pues, extraño, que prescindiendo por desusados de antiguos procedimientos, alguna elevada é influente persona trate, según se asegura, de dedicar á las dulzuras de himeneo el otoño de su vida, recordando acaso que esta época del año, si no la de las flores, es la estación de los frutos.

Hay, sin embargo, el precedente de que los grandes hombres no han tenido por lo general, sucesión. Sirva esto de consuelo á los constitucionales y centralistas.

### LA DEMOCRACIA CONSERVADORA.

A medida que los acontecimientos se suceden así en la vida como en la historia de los pueblos, el progreso de las ideas y la influencia práctica de estas, se hace también más notoria, ostensible, eficaz y decisiva. No estamos ya hoy como en 1868. Si apariencias exteriores, si accidentes momentáneos, si disposición formal de cosas y sucesos parecen dar á estos una fisonomía semejante y un tinte de análogos matices, la realidad de los hechos, y de los partidos y de los hombres, cada vez más profundo y penetrante, señala diferencias esenciales y condiciones altamente diversas, de las que caracterizaron aquel período precursor de grandes actos, y antecedente de importantísimos y trascendentales acontecimientos.

De entonces acá, nuestra patria ha sufrido una transformación profundísima. Aunque callada y secreta, la obra regeneradora de estos últimos años, sobre todo, es más honda de lo que se piensa y se sospecha. Ruidosa y llena de movimiento exterior y de vida ostensible durante el período revolucionario, al terminar éste, y como por contraste natural y lógico, su vida hubo de concentrarse y referirse por completo y silenciosamente, á las más íntimas profundidades de su conciencia, saludable y beneficiosamente perturbada durante los seis años de sacudimiento y energía.

No pensó ya en lo exterior, ni se ocupó ni le importó ocuparse de lo que por fuera se urdiera y perpetrara. Dejó que todo fuera bien, bien, muy bien, perfectamente bien para los que de su silencio tomaban acta, y para los que de su inercia necesaria, hubieran de hacer el pedestal de sus sábias y aprovechadas especulaciones y componendas. Oyó sofismas políticos como quien oye llover; oyó ficciones constitucionales encogiéndose de hombros, escuchó la palabrería parla-

mentaria del doctrinarismo con el desdén de la indiferencia, importóle poco de las heregias gubernamentales de los unos, y de los pomposos recursos de los otros. Y en verdad que no era todo eso lo que le importaba. Solicitaban su atención preferente, cosas de mayor bulto y de entidad más perentoria.

Inmensos problemas relativos á todos los órdenes de vida de este país, se habían arrojado á la plaza pública durante los seis años de agitación ardiente y de pelea activa. La libertad, el derecho, sus garantías, el origen y la organización del poder, la fuente y el manantial de la soberanía pública, la inviolabilidad de la conciencia, las costumbres sociales, el órden moral, el órden administrativo y económico, la independencia del pensamiento; todo esto había caído para siempre en sus manos, todo esto agitaba su mente, todos estos torrentes de luz habían invadido su inteligencia é interesado su corazón, pero en tumulto de propaganda, en desórden de hilación, con verdadero desbordamiento, entre los peligros de la tempestad, que se cernía contra ellos, entre los sacudimientos de una lucha incesante que los combatía, y entre las contrariedades de una oposición permanente que los atacaba. Imposible pensar con tranquilidad en las grandes cosas en medio de la batalla de todos los días, y del obstáculo de cada momento. El país necesitaba el descanso, el reposo, el silencio de los intereses del día, siempre alarmados en su egoísmo, y la paz exterior, la tranquilidad á cualquier precio, para concentrarse, para meditar, para trabajar calladamente en la elaboración práctica de todos estos brillantes postulados.

Y esto fué lo que vino á darle en definitiva el hecho de Sagunto, y que por esto mismo ha podido tolerar sin inmudarse.

Desde entonces, la obra interior iba á comenzar con plena seguridad en el resultado; la revisión iba á ser silenciosa, pero profunda, ni aun los poderes exteriores del momento, ciegos por sistema, iban á notarla, llegando hasta el punto de creer que estaban realizando su obra, cuando, en verdad, no hacían providencialmente otra cosa sin saberlo, que la obra de la democracia definitiva.

Desde entonces, el país ha pensado y viene pensando prácticamente en muchas cosas; ha pensado y tiene mucho que pensar en sus desaciertos infinitos y en sus errores inagotables; ha pensado y viene pensando, en la disparidad en que lo colocaban sus viejas tradiciones, respecto de sus nuevas aspiraciones y tendencias; ha pensado y viene pensando, en los orígenes de sus males históricos, y en la manera de remediar sus propios

desaciertos y extravíos; ha pensado y tiene mucho que pensar todavía, en la organización viciosa de sus partidos, y en la no ménos viciosa organización de sus hombres, y sobre todo, de sí propio, manantial y fuente perenne al cabo de todos sus desbarajustes políticos, y de las intimas anarquias sociales, morales y jurídicas, que tanto y tan profundamente viene ya de lo profundo de su alma lamentando, como quien desea con avidez la enmienda inapelable.

Después de esto, y aunque también calladamente, tenía que pensar en el abatimiento mismo que sus propios desaciertos le habían producido. Nunca, jamás el excecpticismo político del país y su inercia, habían sido tan profundos ni tan motivados como en este último período.

Con la desaparición del régimen de 1869 se habían ido todas las esperanzas del momento, todos los recursos, todas las apelaciones posibles. Los partidos se habían desprestigiado y desautorizado; todos los sistemas ensayados habían fracasado, la evolución había sido completa, había recorrido todas las fases, había pasado por todas las tentativas y había apurado todas las formas y todos los estados.

Sin embargo, en medio del diluvio y de la catástrofe sufrida, quedábase una convicción saludable, la única redentora ciertamente, pero la única al cabo y la indispensable, para comenzar de nuevo la obra de la reconstitución necesaria, y el propósito de la rectificación ineludible.

El país comprendía vagamente, pero penetraba después de todo, que sus condiciones sociales, que sus tradiciones morales, que los vicios heredados de que adolecía, que su falsa educación tradicional, en fin, eran la causa perpétua determinante y motivadora, de la imposibilidad inmensa en que se hallaba, de organizar un sistema político en armonía con las exigencias justas de los tiempos presentes, y en relación con la democracia viva de nuestro siglo. Los eternos principios proclamados por la Revolución de Setiembre, tan eternamente verdaderos quedaban después de su eclipse, como el día de su aparición solemne en nuestra patria. Esto á nadie se ocultaba. Pero ¿por qué no se habían arraigado? ¿Por qué no habían asentado para siempre en este país las bases permanentes de un régimen fecundamente imperecedero? Porque el soplo espantoso de tantas bocas de tinieblas, porque la resistencia opuesta por tantas fuerzas ciegas como impulsaban en su vanidad, porque el obstáculo inmenso de tanta podredumbre social como se interponía en su camino, no podían orillarse instantáneamente, ni cambiarse de pronto el fondo del país que era en definitiva, el inconsciente generador de sus propias desdichas.

## FOLLETIN.

### EL VAGABUNDO

ESTEBAN ENAULT Y LUIS JUDICIS

—Entonces, señorita? preguntó Brice con solapado descaro.  
—Os he prometido hacer vuestra fortuna, respondió la vieja solterona con aire casi risueño. Doble el precio que había resuelto daros por vuestros servicios, y esto se verificará quizá dentro de muy pocos días. Servidme con fidelidad.  
—Sois muy buena, señorita, y estoy dispuesta á sacrificarme por vos, dijo Brice con una emoción digna de su codicia.  
Cuando se retiraba, la señorita de Pratenros le volvió á llamar:  
—Voy á ver á Malo, dijo ella. Probablemente os llamará desde su cuarto. Si os doy entonces alguna órden no la cumplais.  
—Basta.  
Así que Isabel se quedó sola, examinó el pomo que tenía en la mano; luego abrió un cajón de su secreter, tomó un puñal que ocultó en uno de los pliegues de su vestido, volvió á cerrar el secreter y dejó lentamente su habitación murmurando:

—Primero, á Malo!  
Y se metió por un largo corredor, donde apenas se resbalaba la claridad naciente del día. Detúvose delante de una puerta que abrió; acababa de pisar el umbral, cuando una voz delirante exclamó:  
—Por fin llegó! Es un sacerdote? un confesor?... Oh! qué fiebre! qué fiebre!  
—Soy yo! respondió Isabel adelantándose al lecho donde Malo estaba tendido, presa de una fiebre devoradora.  
—He pedido un confesor, dijo Malo torciéndose las manos. Por qué no se me concede un confesor?... Oh! arde un fuego en mis venas!...  
—Qué es lo que tienes que confiar á un cura?  
—Mis remordimientos.  
—Tienes remordimientos? dijo la vieja solterona con sombría ironía. Es muy tarde, Malo.  
—Nunca es tarde para arrepentirse.  
—Quieres decir, al hablar de ese modo, que siempre hay tiempo para revelar terribles secretos?  
—Tranquilízao, señora, yo no os he de nombrar... Oh! qué fiebre! qué fiebre!  
—Pobre Malo! Cuánto te compadezco!  
—Solo me acusaré á mí mismo, confesaré mis crímenes; callaré acerca de vuestra complicitad.  
—No esperaba ménos de tu lealtad.

Y el rostro de la solterona se iluminó con satánica sonrisa.  
—Te lo confieso, continuó ella tomando el aire de pérdida honradez; á pesar de ser yo tan buena católica, he temido al saber que pedías un confesor. No he hecho nada que no haya redundado en pró del trono y del altar, y mis proyectos, por violentos que hayan podido ser algunas veces, en tan caros objetos encontraban su legítima excusa. No por eso deben permanecer ménos secretos, porque no todo el mundo comprende bien el carácter y la significación... Es decir, prosiguió, que pusedo contar con tu silencio en lo que á mí se refiere?  
—Con seguridad completa... Justo Dios! Qué sufrimiento!...  
—Por qué dirás que has ataeado en la landa á la marquesa de Treanna? le preguntó la vieja solterona sin cuidar de sus lamentos.  
—Por robarla... Oh! me abraso!...  
—Y el rapto de Pauvrette?  
—Por atraer á Tiburcio á un punto determinado con ese pretexto, y asesinarlo... No puedo más! qué fiebre!...  
—Y por qué querías asesinarle?  
—Por vengarme de haberse hecho amar de Marianita... Basta, basta! Yo me ahogo!  
—Muy bien! De la misma manera fundarás en un móvil sencillo y natural todo lo que has hecho bajo mi inspiración?  
—Estad segura de ello...

—Por otra parte, todo esto no tiene nada de grave, pues que nada hemos conseguido.  
—No por eso está mi conciencia ménos atribulada... Ay! yo me ahogo! me ahogo!... Oh! qué calor! qué fiebre!...  
—Sobre todo tu conciencia, honrado Malo!... Vamos, vamos, pronto, un confesor!  
Tiró de un cordón de la campanilla, y en seguida se presentó Brice.  
—Malo, dijo ella, pide un confesor; haced que venga un sacerdote.  
—Al instante, señorita, respondió Brice inclinándose hipócritamente.  
Y continuó:  
—Los caballos que la señorita ha pedido están ya dispuestos.  
—Está bien, partiremos ahora mismo.  
Entonces, volviéndose hácia Malo que estaba con el hipo:  
—Te sientes mejor? le preguntó ella.  
—No, respondió Malo con una voz seca y reprimida.  
—Tan devoradora es la fiebre que sientes?  
—Sí, respondió con el mismo tono.  
—No deseas nada?  
—Tengo sed.  
—Tienes sed? dijo la vieja solterona estremeciéndose.  
—Sí... sí.  
Isabel llenó una taza de tisana, y vertió en

Si pudieran sumarse y aquilatarse estadísticamente uno tras otro, los infinitos obstáculos, el inagotable hormiguero de pasiones bastardas, de intereses inícuos, de ambiciones desatentadas, de soberbias desabridas y de ignorancias presuntuosas, que contribuyeron por sus varios caminos al eclipse exterior del hecho de Setiembre, si pudiera seguirse con observación minuciosa y analítica el engranaje conspirador de todos estos elementos, agrupados por el impulso fatal de su ceguera irremediable, entonces es cuando podría penetrarse á fondo el por qué necesario de aquella caída, y lo que había de trascendentalmente beneficioso para el porvenir, en su propia derrota y descalabro.

Aleccionado por viejas y corrompidas lecciones anticuadas, se creía en este país, que entre las ideas que se invocan los hechos que se practican, no existía otra relación que la de tomar las ideas por máscara común, que encubriera y disimulara los egoísmos y las ambiciones desatentadas que cada cual llevaba en la cabeza. Y esto no lo pensaban sólo unos cuantos vividores, sino que lo pensaban todos los partidos, lo practicaban todas las fracciones, y era la vida corriente de todas las localidades, de todos los centros, del país entero en fin, universalmente estraviado por un utilitarismo tan grosero como disolvente.

En los partidos avanzados sobre todo, este pecado era doblemente punible, y el principio generador de su debilitamiento y de su descrédito inapelable; y es que no se riñe jamás impunemente, con lo que constituye las nociones más elementales de la moral y del decoro político de un pueblo.

Ni cabe achacar la culpa de estos males terribles á determinados hombres, ni á determinados partidos. Era necesario que este hecho funesto fuera general y común, y estuviera como encarnado en la entraña del país, para que pudiera eclipsar un acontecimiento tan brillante, tan glorioso, tan lleno de sávia regeneradora como el que traía consigo el grandioso suceso de Setiembre del 68.

La catástrofe ha debido ser, pues, de elocuente enseñanza, para todos aquellos elementos medianamente sanos y reflexivos del país, que han quedado fieles á la noble aspiración de regenerar esta patria desventurada.

Por lo demás, el período que estamos atravesando, de callada meditación y de profundo y silencioso exámen íntimo, como ya hemos dicho, ha venido también á enseñarnos, y lo vamos aprendiendo, que los verdaderos hombres de gobierno, que las situaciones vigorosas dentro del espíritu hondamente reformador de nuestro tiempo, son aquellos que sin hacerse ilusiones, y dejando á un lado idealismos de toda especie, aspiran á implantar con los medios y con los intereses y con los hombres que les depara la época y el siglo en que viven, las ideas regeneradoras que profesan, en la extensión, medida, capacidad y estado que aquellos permiten, contando siempre con los buenos y con los malos, con la abnegación y el desinterés de muy pocos, y con el egoísmo, la corrupción y el interés de los más, sabiéndolos explotar sin viaciarse, en beneficio de los fines elevados y puros que las ideas les sugieran, y racionalmente se propongan efectuar y desenvolver prácticamente.

La época presente, con un fondo irresistiblemente revolucionario, es en sus formas transitorias aparentemente conservadoras; pide, pues, y exige en cierto modo, el reconocimiento de esas formas y la garantía de sus manifestaciones exteriores, ya que con tales apariencias está obligada á satisfacerse. Esto además es de ley y de exigencia práctica. La democracia que viene á regenerar la vida entera, es un despertamiento unánime y profundo de la conciencia histórica contemporánea; y ciertamente que si para los espíritus templados que se van preparando, la crisis que hoy produce es una redención divina, para las almas adormecidas y abotargadas, por la tradición, el repentino despertar, puede ser y lo ha sido, una brusca sacudida de apetitos groseros que hay que contener, y de pasiones innobles que deben sofocarse á todo trance.

De aquí el temperamento conservador de las formas de las cosas en nuestros días.

De aquí, esa democracia conservadora que en la hora presente invocan todos los hombres de sentido práctico y de ojo perspicaz, como el resultado por depuración experimental, de las reflexiones silenciosas á que ha dado lugar el paréntesis político que estamos recorriendo. La hora de la propaganda puramente doctrinal ha terminado en parte; las ideas se sembraron en el período que nos precediera, y ahora estamos en la época de su absorción oculta, de su germinación invisible.

Una nueva España se está constituyendo secretamente sin duda alguna; hoy en lo más recóndito de la conciencia del país, estamos elaborando pensamiento seguro que no teníamos, voluntad firme de que carecíamos, y además, depurando la energía, formando el carácter, forjando la entereza, creando la dignidad política y social, rasgando las preocupaciones, barriendo los dogmatismos de toda especie, aireando el espíritu, y quizás haciendo reposadamente más que eso, haciendo hombres, patria, justicia, derecho, libertad, soberanía, nación, en fin, de que carecemos, y que hace siglos se nos disipara.

Los que á través del marasmo aparente, que se nos ofrece al sentido, no descubren este fondo sublime, ven muy poca cosa; han tomado la distracción y el desdén con que el país mira la exterior que pasa ante sus ojos indiferentes, como un signo de inercia; y es que todavía no han caído en la cuenta, de que cuando la atención está fija en un punto interior y secreto, no cabe distraerla ni puede disiparse, con las bagatelas que le ofrecen por fuera los incautos, ni con las puerilidades que los sábios de lo superficial le ostentan á la vista, creyendo que le muestran algo portentoso, cuando ya todo eso lo tiene por demás conocido, y por lo mismo despreciado.

Dice *El Mundo Político*, que su partido, es decir, los moderados, son la *continua sombra* de los hombres de la conciliación.

Y en efecto, la *sombra* del partido moderado es de las mejores que pueden proyectarse sobre los hombres y las cosas de la presente conciliación pan-canovista.

A la *gran sombra* del partido moderado estaba cobijada la situación de 1868, y aquella *sombra* fué tan buena, tan oportuna y tan fecunda, que ni la del manzanillo podría igualársele por los en ella sumergidos. ¿Tienen acaso los moderados deseo de repetir aquel feliz eclipse, y proyectar de nuevo aquella *sombra* tan protectora?

¡Cuán dura suerte es la nuestra!  
Ya *El Globo* nos niega ¡ruell! los dulces sentimientos de la fraternidad que nos dispensara ¡oh delicia! en otro tiempo. Ni se satisface con ello su implacable enemiga, sino que, además de los consuelos de la fraternal deferencia, niega también la posesión de la memoria, y aun la actividad de la inteligencia.  
¡Cuán dura suerte es la nuestra!

Dice un colega:  
«Un periódico absolutista confía en que su programa se ha de cumplir... cuando Dios quiera.»

¡Hola!—exclama *El Imparcial*—¿Con qué en tan buen estado conservamos la boina?  
Nosotros creemos que mientras haya demócratas en España, los absolutistas obran prudentemente conservando dicha boina.

Es lógico, en efecto, que en tiempo de guerra usen la boina mientras haya demócratas que los combatan, puesto que para ir á la oficina en tiempo de los conservadores usan, como es natural, el sombrero de copa.

El diario ilustrado del *posibilismo*, ó del oportunismo, según la tecnología de última hora, dice que su artículo de ayer «se parece, como un huevo se parece á otro huevo al artículo que publicó (*EL PUEBLO ESPAÑOL*) como programa el día 3 de Enero de este año.»

Que es de gracia para unos, y de desgracia para otros, añade el colega. Hace bien. Porque, á la verdad, este año, que empezó mal para nosotros, promete concluir rematadamente para los amigos de *El Globo*.

Ahora comprendemos perfectamente la política de la situación. Los ministeriales son *ciegos* y *sordos*, según nuestro apreciable colega *El Mundo Político*.

Y es natural, como no ven *palto de ciego* á la Constitución, á las leyes, á la razón, á la justicia, y sobre todo, á la prensa; y como no oyen, *son sordos* á las

quejas del país, á las reclamaciones de la opinión, á las demandas de los constitucionales y á las solicitudes de los centralistas.

Ya saben las oposiciones que aspiran al poder lo que necesitan para alcanzarlo: encontrar un específico bastante eficaz para lograr la curación de la sordera del Ministerio, y así sus aspiraciones podrán ser escuchadas y atendidas.

Dudamos que lo consigán, por aquello de que no hay peor sordo... y contra la sordera de la situación no hay más específico que el nuestro.

Dice un colega:  
«Leemos en los periódicos milaneses, que está á punto de terminar el sumario instruido por denuncia de D. Carlos, y con motivo del robo de un Toison de oro.»

Los defensores de D. Carlos serán los abogados Brasa y Dugnani; Boet no ha nombrado todavía el suyo.

Dicen *el Secolo* y *el Pungolo* que D. Carlos ha hecho instancias para dispensarse de comparecer ante el tribunal con parte querellante; pero que Boet insiste en lo contrario, deseando pedirle cuenta de ciertos actos cuya revelación vendría á demostrar el carácter y tendencias del famoso pretendiente al trono de España.

La vista del proceso se dilatará todavía algunos meses.

Es natural que el pretendiente se resista á comparecer ante el tribunal: su posición y sus elevadas aspiraciones le impiden complacer, á su correligionario. De todas suertes, es difícil que se conforme á perder el codiciado Toison ya que tantas cosas lleva perdidas.

Uno de nuestros colegas dice que la conciliación conservadora es un abigarrado conjunto de heterogéneos elementos, unidos por el lazo del presupuesto y no contento sin duda con tan expresiva definición y con decir que es la división llevada al mayor grado posible y la diversidad de creencias, de aspiraciones y principios, añade que es una ridícula parodia de la unión liberal.

Y para mayor ignominia le pusieron *Inrri*.

Nuestro colega *La Nueva Prensa* da cuenta de haber desterrado el gobernador civil de Toledo á un pacífico habitante de dicha ciudad, Miguel Toledo y Manero, sin que exista razón alguna que justifique tan enérgica y severa medida, toda vez que ni por sus actos ni opiniones, se había hecho acreedor á ello, y menos aún, si se añade la inmensa desgracia que á dicho señor aqueja de ser completamente ciego.

Verdaderamente son de lamentar tan extrañas determinaciones de las autoridades gubernativas, de que todos los días se hace eco la prensa, sin haber causas suficientes á explicarlas.

No puede negarse que á dichas autoridades en los tiempos conservadores, les caracteriza un celo infatigable y completamente impropio de la época actual, en la cual, la tranquilidad, la paz y el orden más completo, reinan en toda la Península, según repiten todos los días y en distintos tonos, los diarios de la situación.

Cinismo ministerial se llama esta figura retórica del periódico de cámara *La Integridad de la Patria*:

«Ya en nuestro artículo de ayer nos ocupamos de lo mucho que el actual Gobierno ha realizado en pro del país y de la llamada campaña administrativa, y por cierto que los periódicos de oposición deben haber quedado convencidos, toda vez que ninguno de ellos se atreve á hablar más del asunto, reconociendo tácitamente cuanto hemos dejado sentado; esto es, que no ha habido Ministerio alguno desde hace más de veinte años que se haya asemejado al actual, respecto á las notables mejoras introducidas, á las reformas planteadas y á los beneficios para el país conseguidos. Podemos, por lo tanto, estar satisfechos de haber logrado llevar el convencimiento al ánimo de nuestros adversarios políticos, en una cuestión tan trascendental como la que nos ocupa.»

Estamos conformes con el colega; desde hace más de veinte años no ha habido Ministerio alguno que se haya asemejado al actual, ni tampoco desde que el mundo es mundo, ha habido prensa ministerial como la ministerial de estos tiempos. Sensata, prudente, oportuna conservadora en fin.

Sin comentarios.  
«*El Globo* titula ayer uno de sus artículos *El posibilismo*. Como si dijéramos, el caos...»  
De *El Pabellón Nacional*.

De *Los Debates*:  
«El ministro de Estado ha dispuesto, según se asegura, que se abra una información con motivo de los desmanes cometidos por los moros de Marruecos, donde las autoridades no han hecho lo que la prudencia aconseja y los tratados disponen, en desagravio del pueblo español.»

La actividad, innecesaria la mayor parte de las veces de las autoridades en el interior, no llega á las del exterior donde sería de más utilidad. Esperamos los resultados de la información abierta.

Esta mañana hemos tenido el gusto de saludar á nuestro particular amigo don

Pedro Lucas Gállego, antiguo alcalde, y una de las personas más ilustradas y más consecuentes del partido moderado de Zaragoza.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Paris 17.—El ministro Sr. Dufaure, contestando á la carta de Luis Blanc con motivo de la disolución del Congreso socialista, dice que el Gobierno podría fácilmente demostrar que ha observado escrupulosamente las leyes; pero que no cree conveniente entablar una discusión sobre este asunto cuando entienden de ella los tribunales.

Los diputados se han reunido hoy, decidiendo, en vista de la comunicación del Sr. Dufaure y en atención á estar cerradas las Cámaras, no insistir sobre el asunto, hasta la apertura de las mismas.

Berlin 17.—En la discusión referente al proyecto anti socialista, el conde de Bismark ha rechazado enérgicamente la acusación de haber pactado nada con los socialistas.

Ha expuesto los peligros del socialismo y sus tendencias á destruir las instituciones gubernamentales existentes.

El emperador ha podido montar á caballo ayer, por vez primera despues del atentado.

Viena 17.—Los austriacos han vuelto á tomar la ofensiva por todas partes.

Una columna reforzada marcha hácia Beltraes, incendiando los pueblos ocupados por insurrectos. Otra columna se ha apoderado de Gadatz.

Los insurrectos han evadido á Gratznitza.

Berlin 17.—Despues de una viva discusión la Cámara ha decidido por una gran mayoría, devolver á la comisión el proyecto anti socialista, promoviéndose un gran desorden.

El diputado Bedel pide en vano al presidente que llame al orden al diputado Kleistroyf, que acusa á los socialistas de alta traición.

El conde de Bismark los califica de bandidos, acusando al diputado Trotsch de haber desfigurado la verdad. (Tumulto).

(De la Agencia telegráfica española.)

Roma 18.—La indisposición del Papa no tiene consecuencias: es el resultado de una gran debilidad de la que los médicos creen que no podrá librarse sino cambiando deaires.

Los procedimientos de la curia romana tienden á entorpecer las negociaciones alemanas.

Paris 18.—Se considera como cosa segura el reemplazo del embajador de Italia en esta general Cialdini. Esta medida, á la que el Gobierno francés dá mucha importancia, es considerada como contraria á su política.

Personas importantes trabajan con ahinco para evitar el reemplazo del general Cialdini.

Berlin 18.—Hay mucha agitación, las sesiones del Reichstag complican gravemente la política.

Los periódicos dicen que la elección de Forckenbeeck es considerada como contraria al canciller Bismark.

Londres 18.—El Gobierno británico ha rehusado adherirse al proyecto alemán de hacer reclamaciones á La Puerta acerca de la lentitud en la ejecución del tratado.

La Italia tampoco se adhiere sino en caso de un acuerdo unánime.

En vista de este resultado, Alemania ha retirado su proposición.

Ayer comenzó el bombardeo de Rihaes.

NECROLOGIA.

Hemos depositado ayer en el seno de la madre tierra el cadáver de un antiguo camarada, de un amigo querido, de un hermano en las letras. Derramemos hoy sobre ese entreabierto sepulcro una sentida lágrima.

El Sr. D. José María del Campo y Navas, era, por otra parte, tan digno de la estimación universal como es su muerte merecedora del universal desconsuelo. Había consagrado toda su vida al trabajo y le ha sorprendido la muerte en la pobreza. Buen padre, buen esposo, buen ciudadano, hombre de dulce carácter y de severas costumbres, de natural benévolo y de actividad infatigable, trazó primero que nadie á la prensa política el derretero de la movilidad y la selló con el sello de las revelaciones discretas. Contaba apenas cincuenta años cuando se le acabó la vida y llevaba más de uno de postración y de dolores. ¡Pobre naufrago arrollado por el eterno oleaje!

Nosotros no podremos olvidar nunca sus virtudes; la prensa periódica nunca debe olvidar sus servicios. Nadie como él ha sabido desempeñar, con religioso culto, el noble sacerdocio. Nadie como él ha profesado á la maltratada institución amor inalterable. ¡Quién no recuerda la fecunda perseverancia que hubo de poner al servicio de la sociedad de escritores y artistas, nacida mediante el influjo de su poderosa iniciativa, mediante el influjo de su paternal solicitud desvelada y pujante? ¡Quién no sabe las cariñosas deferencias que dispensó siempre á todos sus compañeros y la indulgente benignidad con que solía cubrir en todas las ocasiones los más notorios yerros?

La energía en las resoluciones, la tenacidad en los propósitos, la dulzura en el trato, la benevolencia en el juicio, parecían constituir en efecto, como los rasgos capitales de su fisonomía moral. Era modesto por naturaleza, y circunspecto por hábitos. Sin poseer una de esas inteligencias superiores, que derraman la luz en torno suyo, mostraba una de esas sagacidades infinitas para quienes no hay en parte ninguna punto oscuro. Más que hombre de pensamiento, era hombre de acción; y más que hombre de acción, era hombre de atracción. Estas dos cualidades distintivas, y la facultad de discernir con sin igual delicadeza, lo pertinente de lo impertinente, lo oportuno de lo importuno, han valido tal vez á *La Correspondencia de España* una gran parte de sus prodigiosos progresos, le han impreso de seguro su peculiar temperamento.

No es extraño que el Sr. D. Manuel María Santa Ana tratara como padre y no como jefe al Sr. D. José María del Campo y Navas. El trataba como á hijo, y no de otro modo alguno, al diario de que fué durante largos años redactor en jefe, más que redactor en jefe, alma y vida. Ni fuera acaso el menor de los do-



